

CUARTA PARTE.

LAS HOJAS SECAS.

A MI MADRE.

Dicen que todo al fin se desvanece,
Todo pasa, se olvida, pierde y borra...
Yo no soy infeliz, mas vivo triste,
Y un torcedor arrastro en mi memoria.

Un templo, un bosque, un ave que pasando
Cruza en el viento descarriada y sola,
Prensan mi corazon, y á mis pupilas
Solitaria una lágrima se asoma.

Pláceme ver un claro riachuelo
Lamer su orilla con azules ondas,
Y al resplandor del trémulo crepúsculo
Sentir la fuente murmurar sonora.

Pláceme ver tras el opuesto monte
Hundir al sol su faz esplendorosa,
Y despedirle desde el hondo valle
Al compás de las aguas y las hojas,

Y pláceme en paseos solitarios,
En dulces sueños delirando sombras,
Perderme en la floresta sin camino,
Ideando quiméricas historias.

La mía es triste; cansa y no interesa;
Sin aventuras intrincadas, corta:
Es una historia solamente mía
Como otras muchas que á la vez se ignoran.

Es la historia de un sueño fatigoso
En que nada sucede, nada importa;
No se comprende, pero no se olvida,
Y sus vagos recuerdos nos acosan.

Yo la recuerdo con vergüenza siempre,
Temo profundizarla, y sus memorias
Como gotas de mágico veneno
Caen en mi corazon una tras otra.

¿Qué os hicisteis, dulcísimos instantes
De mi infancia gentil? ¿Dó están ahora
Los labios de coral que me colmaron
De blandos besos que mis ojos lloran?

¿Dó está la mane amiga que trenzaba
Las hebras mil de mi melena blonda,
Tejiéndome coronas en la frente
De azucenas silvestres y amapolas?

Bra ¡ay de mí! mi madre: alegre entonces,
Tranquila, amante, como el alba hermosa,
Jamás me ha parecido otra hermosura
Tan digna de vivir en mi memoria.

Apartaos, impúdicas quimeras,
Más os detesto cuanto mas vosotras
Tenaces me seguís; ya no sois nada,
Cesó el festín, rompiéronse las copas.

Ella es mi madre, sus ardientes besos
Con vuestra vil presencia se inficionan:
Idos en paz, que el llanto de sus ojos
Del alma impura vuestra imágen borra.

Madre, te encuentro llorando!
Ah, no atiendes á mis voces!
Mírame, ¿no me conoces?
¿Tan mudado, madre, estoy?
¿Tan pronto borrar pudieron
Mi rostro las desventuras?...
¿Bebí tantas amarguras!
Pero al fin, madre, yo soy.

¿Cuán trémula está tu mano!
¿Tu corazon cuán opreso!
Madre, ¿no tienes un beso
Ni una queja para mí?
¡Lloras! Beberé tu llanto...
Mas abrasan tus mejillas...
Heme, madre, de rodillas
Avergonzado ante tí.

Apartas de mí los ojos,
Sufres viéndome, lo veo;
Mas estoy como está el reo
Humillado ante su Dios.
Tornadme el rostro, señora,
Y aunque lo torneis severo,
Aunque sea el favor postrero
Porque me ausente de vos.

Lo sé; recelais acaso
Que vendí vuestro cariño
Por el impúdico aliño
De otro amor mas terrenal.
Este color de mi frente
Tal vez os parece impuro...
¡Oh! madre mía, os lo juro,
Me habeis comprendido mal.

Soñé y me desvanecieron
Mis fatales ilusiones,
Sentí mis locas pasiones
Dentro de mi pecho arder.
La tempestad era horrible,
La noche lóbrega, densa,
La mar tormentosa, inmensa,
Mi barca débil... ¿qué hacer?

Lanzado al mar sin aviso,
Dejeme llevar del viento,
Sacóme el mar turbulento
A otra playa de ilusion;
Yo á lo lejos la miraba,
Y era una tierra tan bella,
Que el pasar, madre, por ella
Fué terrible tentacion.

Bebí el agua de sus fuentes,
Gocé el aura de sus flores,
Embriagado en sus amores
En sus bosques me dormí;
Allí el placer me esperaba,
Vos en la opuesta ribera...
Horrible tentacion era,
Mas luché, madre, y vencí.

Tal vez en mi sien soñaba
Glorioso laurel naciente;
Yo le arranqué de mi frente,
Pensaba en vos, y le hollé.
Allí quedó entre la arena,
Y al lanzarle, dije: crece,
Que si mi sien te merece
Mas ansioso volveré.

En vano mis ilusiones
Me acosaron tumultuosas;
A las ondas procelosas
Me arrojé audaz y volví.
Sin fuerza, sin esperanza,
Madre, en mi congoja fiera
Tu imágen fué la postrera
Que guardé mientras viví.

¿Mas tú inconsolable lloras
Sin atender á mis voces?
¿Mi vida! ¿no me conoces?
¿Tan mudado, madre, estoy?
¿Tan pronto borrar pudieron
Mi rostro las desventuras?
¿Bebí tantas amarguras!...
Pero al fin, madre, yo soy.

¿Mas no me escuchas! ¡Llorando
La faz amorosa escondes!
Te llamo y no me respondes:
¿Tanto, madre, te ultrajé!
Te entiendo, por fin, yo solo
No basto ya á consolarte;
Me será fuerza dejarte,
Y á la mar me volveré.

Mas oye. Es el otoño; rebramando
El abrego los árboles sacude,
De roncos cuervos el siniestro bando
A los peñascos cóncavos acude.

Brilla sin fuerza el sol en occidente,
Y allá en la falda de espinoso risco
Guia el pastor con paso indiferente
Las humildes ovejas al aprisco.

Seco el follaje de la selva umbría
De sus verdes doseles se despoja,
Y al empuje de ráfaga bravía
El bosque se desnuda hoja por hoja.

El abrego las huella y arrebata,
Las arrastra en revuelto torbellino,
Ciega en la fuente la serena plata,
Borra los lindes del igual camino.

Triste fantasma del verjel ameno
Y esqueleto fantástico semeja,
Cada desnudo tronco, un dia lleno
De la sombra magnífica que deja.

Flores, ¿en dónde estais? ¿y dó se esconden
Los céspedes que amenos os cercaban?
¿Cómo los ruiseñores no responden
Al són de las alondras que pasaban?

¿Qué es del arrullo de la mansa fuente
Donde á beber bajaban las palomas?
¿Qué es del aura que erraba suavemente
Cargada de suspiros y de aromas?

Las galas del abril se marchitaron,
Los céfiros errantes se extinguieron,
En ayes los murmullos se tornaron,
Y anchos arroyos las corrientes fueron.

Todo pasó. En el valle pantanoso
Hay en vez de una fuente una laguna,
Y en las ramas del álamo pomposo
Las hojas se desprenden una á una.

Así, madre, van mis días
Con las hojas de consuno
Desprendiéndose uno á uno,
Al vaiven de la pasión.
Y así van las ilusiones
De mi esperanza impertuna,
Desprendiéndose una á una
De mi seco corazón.

Como esas hojas marchitas,
No volverán á su rama:
El cierzo las desparrama,
La lluvia las pudrirá.
Como el bosque queda triste,
Y silencioso y desnudo,
Seco y solitario y mudo
Mi corazón siento ya.

Esas hojas amarillas
Que ayer nos prestaron sombra,
Ni aun las querrá por alfombra
El tornasolado Abril;
Míralas, madre, cuál ruedan
Entre la arena perdidas,
Holladas y sacudidas
Por el aura más sutil.

Eso son nuestras creencias,
Nuestras miserables ficciones:
Eso son nuestras pasiones,
Nuestra vida terrenal:
Nacen, dan sombra un instante,
Suenan, se mecen, se cruzan,
Caen, ruedan, se desmenuzan,
Y las lleva el vendabal.

Si ellas al rápido soplo
Del cierzo desaparecen,
Otras en el árbol crecen
Y se apiñan otra vez;
Mas yo iré, cual hoja seca,
Por el viento desprendida,
Arrastrando de mi vida
La juventud, la vejez.

Y el negro remordimiento
Irá por do quier conmigo,
Como verdugo y testigo
De mi perdurable afán.
Y cuando á su vieja llama
Encanezcan mis cabellos,
Madre, debajo de aquellos
Jamás otros nacerán.

Porque estas hojas errantes
Que por mi memoria vagan,
Estos recuerdos que amagan
No dejarme hasta morir,
Hojas secas de mí mismo,
Que arrancadas de mi centro
A mí pegadas encuentro
Sin poderlas desasir;

No pasarán como pasan
Esas hojas del otoño,
No tienen otro retoño,
Mas tampoco tendrán fin:
Sopla el viento y no las lleva,
Cae la lluvia y las perdona,
Igualmente las abona
El desierto y el jardín.

Dicen que todo al fin se desvanece,
Todo pasa, se olvida, pierde ó borra . . .
¿Soy infeliz?—No sé.—Mas vivo triste
Y un torcedor arrastro en mi memoria.

Madre, ¿creerás también que todo pasa
Como en alas del ábrego las hojas,
Como del vago céfiro los ayes,
Como del mar las fugitivas ondas?

¿Crees tú que pasarán para tu hijo,
Como del bosque la agostada pompa,
Tus recuerdos, tu amor, tu sacra imagen,
Que todo el corazón le ocupa sola?

¿Crees, madre, que al huir desesperado
A playas extranjeras y remotas,
Corre tras la molición y los placeres,
Busca una libertad cínica y loca?

¿Cres tú que anhela en climas apartados
Libre gozas su juventud fogosa?
¿Crees que olvidado de su madre viva . . . ?
Quien lo dijo mintió, madre y señora.

Do quier que arrastre su existencia inútil,
Suerte feliz, ó misera, le acorra,
Ya duerma en los harapos del mendigo,
Ya en blanda pluma de opulenta alcoba;

Ya espere un porvenir sin esperanza,
Ya circunde su sien verde corona,
En la mazmorra, en él alcázar . . . madre,
Donde quiera que aliente, allí te adora.

Que es mi pecho tu altar, y aquí tu imagen
Nunca pasa, se olvida, pierde ó borra,
Como pasan, al aire del otoño,
Del bosque umbrío las marchitas hojas.

RECUERDOS DE VALLADOLID.

TRADICION.

I.

D. TELLO.

Señora, por vida mía
Que os dí siete meses mar
Y es un plazo que quizá
Concederos no debía.
¿Paréceos aun poco?

ANA.

No.

D. TELLO.
Pedísteis un año.

ANA.

Sí.

D. TELLO.
Si año y medio os concedí,
¿Qué más hacer pude yo?
Don Juan de Vargas no viene

ANA.

Harto por mi mal lo sé.

D. TELLO.

Pues que tanto os aguardé
No esperar más me conviene.
Que fuera lance fatal
Que mi imprudencia pudiera
Dejar que Don Juan volviera
Con derecho al mio igual.

ANA.

Teneis, Don Tello, razón.
Pedí por término un año,
Pues tan fiero desengaño
No aguardó mi corazón.

Prometí que si en todo él
El de Vargas no volvía,
Con vos me desposaría;
¿Creíle menos infiel!

Año y medio me esperó,
Don Tello, vuestra nobleza,
Y en tan hidalga grandeza
No habré menos de ser yo.
A mi padre responded
Lo que os dije, vuestra soy;
Mas si Don Juan vuelve hoy . . .

D. TELLO.

Doña Ana, el lábio tened,
O mirad lo que decís.

ANA.

Si acabar no me dejais . . .

D. TELLO.

No, que ó todo lo negais,
O todo lo consentís.
Vuestra fé dareis entera
Como os la pide á Don Tello,
Que si Vargas vuelve, en ello
Yo sé bien lo que me hiciera.

ANA.

¿Qué decís, Tello?

D. TELLO.

Doña Ana,
Yo os pedí para muger;
Mirad si lo habeis de ser,
Y vuelva Vargas mañana.

ANA.

Que si os dije; pero si hoy
Viniera Vargas ya no.

D. TELLO.
Ya en eso me veré yo,
Pues vuestro marido soy.

ANA.

Pues, Don Tello, si viniera . . .

D. TELLO.

Vive Dios que le matara,
Pues porque yo os esperara
No era justo que os perdiera.

ANA.

¿Don Tello!

D. TELLO.

Miradlo bien,
Que pues más no he de esperar,
Conmigo habeis de casar
Si viene, y si no también.

ANA.

Don Tello, pues ha de ser,
No haré en ello oposicion;
Ya que teneis la razón
Mirad lo que habeis de hacer.

Esto hablaban una tarde,
Ya muy cercana la noche,
Doña Ana Bustos Mendoza,
Y Don Tello Arcos de Aponte.

Iguales en lustre ostentan
Sus heredados blasones,
Ella envidia de las damas,
El galán entre los hombres.

Y ella hermosa y él valiente;
Por especiales razones
Unirlos en casamiento
Sus parientes se proponen.

Don Tello adora á Doña Ana,
Mas como valiente noble,
Ha más de un año que espera
Que su afán se le malogre;

Porque ha tanto que la niña
Tiene asentado en otro hombre
El pensamiento amoroso,
Y ni sosiega ni come.

Es su amor Don Juan de Vargas,
Que á Italia oculto fugóse
Por no sé que muerte oculta
En las sombras de la noche.

Mas Don Juan desde aquel día
Tan de veras ocultóse,
Que de su estado y persona
Cartas ni amigos responden.

En vano tras nuevas suyas
Se rastrearon en la corte
Mil esquisitas pesquisas,
Mil cortesanos favores.

La justicia dióle libre,
El mismo rey perdonóle,
Pidieron á todas partes
Cartas y noticias dobles;

Mas en todo fueron vanos
Al misterio que le esconde
Los parabienes presentes,
Las antiguas precauciones.
De todas partes los pliegos
Vuelven bajo el mismo sobre,
Porque en ninguna parece,
Ni en ninguna le conocen.
Cansado por fin Don Tello
De plazos y condiciones,
Y recelando que al cabo
Parezca Don Juan y torne.
Resuelto y tenaz decide
Que pues año y medio corre
De grado ó de valimiento,
Se cumpla cuanto pactóse.
Y la verdad, que Doña Ana,
Mas tibia ya en sus amores,
No con enojos escucha
De Don Tello las razones.
Ni estorba que la festeje,
Ni que vista sus colores,
Ni entre en su casa de día,
Ni que sus rejas la ronde.
Porque en esto de firmezas
En ausencias y en amores,
Era sin duda lo mismo
Que en nuestros tiempos, entonces.
Quedó, pues, dicho y jurado
Que, escusadas dilaciones,
La boda se concluyera
Dentro de la misma noche.
Y en todo Valladolid,
Cuantos hay vecinos nobles,
A dar sus enhorabuenas
A los novios se disponen.
Mas es preciso advertir
Que mientras en los salones
Danza y festejos preparan
Juntos Mendozas y Apontes,
Las puertas del Campo Grande
Cruza á resuelto galope
Embozado en una capa,
Sobre un potro negro, un hombre.

Es una noche de Octubre
Que la atmósfera encapota
Entre las dobles cortinas
De la niebla y de la sombra.
En ráfagas desiguales
El cierzo á intervalos sopla,
Quebrándose en las esquinas
Con voz destemplada y bronca.
Lucen en ellas apenas,
Como sombras vaporosas,
Mal esparcidos faroles
Que entre la niebla se ahogan.
Y á su esplendor vacilante
Por las calles tortuosas
Apenas á ver se alcanzan
De los que pasan la forma.

Que no es tan tarde que en sueño
La ciudad repose toda,
Ni tan pronto que aun escusen
Los rondadores su ronda.

Oyese el sordo murmullo
De las fugitivas ondas
Con que el revuelto Pisuerga
Ambas orillas azota;
Y entre su son temeroso
La voz compasada y ronca
Con que las huecas campanas
Al toque de ánimas doblan.

Allá por sobre las cercas
Que el Campo Grande aprisionan,
Turbias luces se perciben
Por entre ventanas rotas;

A cuya opaca lumbrera
Algun penitente ora,
Y con el llanto del monge
Las culpas del hombre borra;

O algun sabio solitario
En meditacion mas honda,
Del vano mundo desprecia
La mal olvidada pompa.

Cuán grato es ir sin camino
Con el corazon á solas,
En la silenciosa calma
De la noche silenciosa;

Sin testigos que sorprendan
Sobre la faz melancólica
Las lágrimas que se escapan
De los ojos gota á gota.

Noche, consuelo del triste,
¡Bendita tu amiga sombra,
Entre cuyos densos pliegues
No se avergüenza quien llora!

Yo tambien, triste poeta,
Al compas del arpa ronca
Te rindo tributo en lágrimas,
Plegarias de mis memorias.

Y una y mil veces bendigo
Tu espesa tiniebla lóbrega,
Descubriendo las guirnaldas
Que el arpa causada adornan.

Noche, consuelo del triste,
¡Bien haya tu amiga sombra,
Entre cuyos densos pliegues
No se avergüenza quien llora!

Cruzando del campo estenso
La soledad misteriosa,
A lentos pasos camina
Un hombre de cuya forma
Se distingue solamente
La pluma que en alto flota,
Las espuelas en que acaba
Y la espada que le abona.
Lo demas de su figura
Lo velan, guardan y embozan
Los secretos de una capa
En que envuelve la persona.

Ganó la vuelta á la plaza
Por una calleja corva,
De casa en casa pasando,
Señas tomando de todas.

Delante de una al tenerse
Que de palacio blasona,
Esta es, dijo, y en la puerta
La mano atrevida posa.

Mas no bien dentro del patio
El son de la aldaba dobla,
Corriendo dentro un cerrojo
Un hombre al dintel asoma.

Haciendo paso al que sale
El que iba á entrar se reporta,
Y al mismo tiempo en su rostro
Reflejó la luz dudosa.

—“Don Juan!”—Don Tello! exclamaron
En voz descompuesta y honda
Ambos á dos personajes
Como quien duda y se asombra.

—“¿A Don Juan mirando estoy?”
—“¿A quien veo es á Don Tello?”
—Por Dios que no errais en ello.
—Ni vos en mí; Don Juan soy.

—Seguidme.
—¿A dónde?
—A reñir.

—Vamos; mas reñir ¿por qué?
—Seguidme, Don Juan, que á fé
Que os lo tengo de decir.”
Calló Don Juan, y Don Tello
En faz decidida y torva,
“Por aquí,” dijo, y airado
La vuelta del Campo toma.

Los estoques en la mano,
Sueltas en tierra las capas,
Están dos hombres á punto
Da cerrarse á cuchilladas.

DON TELLO.
Reñid, Don Juan, ó vos mato.

DON JUAN.
Grande será vuestra causa,
Don Tello; mas ¡vive Dios
Que en yo en saberla me holgara!

DON TELLO.
Reñid, Don Juan.

DON JUAN.
Venís á reñir con rabia,
Mas yo que ignoro . . .

DON TELLO.
O reñís,

U os asesino á estocadas.
DON JUAN.

—¿Tello!

DON TELLO.
—Reñid, voto á Cristo!

DON JUAN.
Mas decid una palabra,
Una razon, un pretesto,
Y riño.

DON TELLO.
¿Pese á mi alma!
¿En Valladolid no estais?

DON JUAN.
Bien se ve.
DON TELLO.
¿Y á quién buscábais?

DON JUAN.
A Doña Ana de Mendoza.

DON TELLO.
Reñid, pues, que esa es la causa

DON JUAN.
¿Doña Ana! ¿qué . . .
DON TELLO.
Esposa mia . . .

DON JUAN.
¿Es?
DON TELLO.
Será.

DON JUAN.
¿Cuándo?
DON TELLO.
Mañana.

DON JUAN.
Defendeos bien, Don Tello,
Que la razon es sobrada.

Cruzáronse los estoques,
Adelantaron las dagas,
Y empezaron los aceros
Do acabaron las palabras.

El ruido de entrambas hojas
En la oscuridad sonaba,
Sin que en la sombra se alcance
Cuál es mas feliz de entrambas.

El aliento á resoplidos
Ambos fatigados lanzan,
Mortales golpes se tiran,
Mortales golpes se paran.

Sin duda que corre sangre,
Sin duda el brazo se cansa,
Porque los golpes son menos,
La respiracion mas tarda.

Y sin duda que es temible
La contienda solitaria;
Don Tello no cede un paso,
Don Juan un paso no avanza.

No suena un golpe que á fondo
Recto al corazon no vaya,
No hay un quite que no pare
La postrimera estocada.

Es el brazo que defiende
Tan fuerte como el que ataca,
Que á acertar un solo golpe
Con él la lid acabara.

Jura el uno, calla el otro,
Ni uno cede, ni otro avanza;
Con mas arrojo Don Tello,
Don Juan con mejor constancia.

Y en vano son los ardides,
Los esfuerzos y las mañas,
Los amagos engañosos,
Las embestidas trocadas.

Siempre un golpe encuentra un quite,
Siempre un estoque una daga,
Y un esfuerzo inesperado
Una defensa impensada.

Entrambos desfallecidos
Pierden tierra, y tierra ganan;
Mas en ganar y en perder
Siempre es igual la ventaja.

Desesperado Don Tello,
Don Juan en siniestra calma,
Así igualmente se estrechan,
E igualmente se rechazan,

Y está la muerte dudosa
En ambos aposentada,
La mano en entrambas vidas
Sin atreverse con ambas.

Abrasado al fin Don Tello
En el volcan de su rabia,
No mirando ya su honra,
Sino solo su venganza,

Viendo que Don Juan no cede,
Y que él tampoco adelanta,
Pensó en ganar por traidor
Lo que por audaz no gana.

Y cerrando mas brioso
Con tan traidora esperanza,
Como si alguno amagase
A D. Juan por las espaldas,

Gritó: ¡Tente! ¡No le mates!
Y al volver Don Juan la cara,
Hasta la cruz escondióle
Dentro del pecho la espada.

Cayó Don Juan, y Don Tello,
Ganando apenas su casa,
Guardó en la vaina su estoque,
Y su secreto en el alma.

II.

Lejos del mundo y de su pompa vana,
Harto de juveniles devaneos,
El polvo hollando que la raza humana
Encierra en sus placeres y deseos,
Renunciando su gala cortesana
Y de su clara estirpe los trofeos,
En celda estrecha y solitaria habita
Un austero y humilde cenobita.

Pasó su juventud en árdua guerra,
Derramando su sangre generosa
Por ensanchar los lindes de su tierra
Y engrandecer su patria poderosa.
En el valle acampó, saltó la sierra
Tremolando la enseña victoriosa,
Y los vencidos le debieron leyes,
Conquistas su nacion, oro sus reyes.

Hoy porque al mundo su valor asombre,
O porque su valor ponga en olvido,
Vela en el claustro el opulento nombre
Con que ha valiente capitán vivido:
Y olvida con lo mísero de hombre
Cuanto de grande é ínclito ha tenido,
Curando en santa y religiosa calma
Las hondas cicatrices de su alma.

Que entre ásperas y crudas penitencias
Buscó su Dios el alma atormentada
Por el revuelto golfo de las ciencias,
Por el desierto de la inmensa nada;
Así avisó su fé con sus creencias,
Así acalló su carne macerada,
Mas en lucha tenaz consigo mismo
En sus creencias encontró un abismo.

Creyó y dudó; y en duda irreverente
Tornó á creer, y recayó en la duda;
Hundió en el polvo la humillada frente
En su cuita á su Dios pidiendo ayuda;
Creyó segunda vez, pero igualmente
Dudó segunda vez el alma ruda;
Oró su pertinacia castigando,
Mas creyendo dudó, y creyó dudando.

Do quier su incertidumbre y su impericia
El orden de las cosas reprochaba;
La virtud presa, impune la malicia,
Do quier de sus creencias recelaba;
Mal segura y torcida la justicia,
De la justicia celestial dudaba,
Y de los males del viciado suelo
Culpa argüía en el dormido cielo.

Con sus dudas así y con sus creencias
Arrastraba el severo capuchino
Su vida entre recónditas dolencias,
Y dudaba tal vez de su destino.
En vano con austeras penitencias
Pedía al cielo su favor divino,
Siempre acosaba al pensamiento adusto
La duda de lo justo y de lo injusto.

Siempre sus penitentes oraciones,
Y su estudio, y sus horas solitarias,
Turbaban sus incrédulas ficciones,
Siempre con causas ó con hechos varias;
Ni el turbulento mar de sus razones
Sosegaban su llanto y sus plegarias,
Que cuanto mas oraba penitente
Se rebelaba el corazon demente.

El pueblo al contemplar su faz severa,
Que con el tosco capuchon ceñía,
El paso grave, la mirada austera,
La barba que á los pechos le caía,
Su misteriosa forma pasajera
Que tan solo en el templo aparecía,
Reputacion de justo le otorgaba,
Y por justo varon le respetaba.

El sabio que en su cámara medita
En su confuso libro amarillento
Las ideas que el sabio cenobita
Creó en la soledad de su convento,
Viendo que su honda creacion gravita
Sobre su aventajado pensamiento,
Ambas razones balanceando, cede,
Y el renombre del sabio le concede.

Mas tal es la mundana inconsecuencia,
Y el frágil peso del consejo humano
Que yerra el corazon, yerra la ciencia
En el juicio mas fácil y liviano:
En medio de su airada penitencia,
Presa á su vez del pensamiento vano
Bajo el sayal del hombre penitente
El incrédulo habita impunemente.

Do quiera le mantiene arrebatado
Honda meditacion que le divierte,
Por el gran laberinto en que obcecado
Razones busca á la insensata suerte;
Y el mundano do quier cura engañado
De que en su arrobo el justo no despierto
Y la sagrada inspiracion no acuda;
Mas el sabio no adora, sino duda.

Es una mañana clara
De una fresca primavera;
La brisa arruga ligera
La yerba, el agua y la flor.
El sol asoma al oriente
Su cabellera inflamada,
Y alza el ave en la enramada
Dulces himnos al Criador.

Orlan el campo las perlas
Que ha derramado el rocío,
Murmura allá abajo el río
La orilla al acariciar;
Y en niebla azulada y ténue
Que remeda al limpio cielo,
Vapores exhala el suelo
De jazmines y azahar.

Las inquietas mariposas
Desplegan sus cien colores,
Columpiándose en las flores
Con revoltoso bullir.
Posando en todas livianas
Solo al lindel dejan sola
Sin sus besos la amapola
El tosco brazo al abrir.

Ostenta cuantos primores
En su ancho tapiz encierra
A la luz del sol la tierra

Respirando juventud;
Todo es calma, luz y vida
En la dulce primavera;
Mas ¡ay! ¡cuanto es pasajera
Su belleza y su quietud!
Tambien gozó de su infancia,
Su vigor y su opulencia
Esa ciudad, de ecsistencia
Mas remota y mas feliz;
Mas si no alcázar de reyes,
Aun conserva la nobleza
En que muestra su grandeza
Lo que fué Valle-de-Olid.

A un lado del Campo Grande
En un balconcillo estrecho,
El codo en el antepecho,
Sobre la mano la sien,
Un austero capuchino
El campo está contemplando,
La baja tierra mirando
Con religioso desden.

Si sufre, goza, ó medita,
Si bien rie, ó males llora,
Si desespera, ó si ora,
Es difícil de atinar.
Los ojos ¡jos en tierra,
La tez rugosa, amarilla,
En la palma la mejilla,
Siempre en el mismo lugar;

Siempre en la misma postura,
En el mismo arrobamiento,
Sin voz y sin movimiento,
Sin aparente razon,
Insondable el alma viva
Tras aquella estampa muda,
Una cifra es de la duda
De imposible comprension.

Al pié del mismo convento
En paseo solitario,
Desde la iglesia al osario,
Vagar un hombre se vé.
Ambos brazos á la espalda,
Hasta la ceja al sombrero,
Larga daga, agudo acero,
Y espuela dorada al pié.

Su pensamiento no aclaran
Su talento ni su paso,
Tal vez estará al acaso
Y sin voluntad allí:
Creeráse que reconoce
El lugar en que se mira,
Se tiene, calla, suspira,
Viene y va, y espera así.

Del cementerio á la iglesia,
De la iglesia al cementerio,
Siempre en el mismo misterio,
Siempre en el mismo vagar,
Ni él ve al monje que á su reja
Asomado ora ó medita,